

«YA VOY, SEÑOR»
CONTEMPLATIVOS EN LA RELACIÓN



**«YA VOY, SEÑOR»
CONTEMPLATIVOS EN LA RELACIÓN**

José Ignacio González Faus

1. CONTEMPLACIÓN CRISTIANA Y CONTEMPLACIÓN “RELIGIOSA”	3
2. INICIACIÓN A LA CONTEMPLACIÓN Y AL MISTERIO	8
3. ORIENTACIONES PRÁCTICAS	14
CONCLUSIÓN	28
NOTAS	30
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	32

Los compañeros de Ignacio de Loyola decían que había sido un «contemplativo en la acción». Esto no abrevia las horas de oración que tenía el santo. Pero marca un corrimiento de la contemplación: desde la pura inactividad a la acción humana.

Y el campo principal de la acción humana es precisamente la relación. El manejo de las cosas y de la naturaleza, la investigación, el arte... pueden reclamar atención; pero a un alma contemplativa le abren fácilmente ventanas hacia el misterio del "más-allá". En cambio, la relación interhumana dificulta mucho más esa apertura: no sólo por el egoísmo propio y ajeno, sino por el misterio, la complejidad y las diferencias de los seres humanos. También por la velocidad o intrascendencia que acompaña a muchas de nuestras relaciones.

Todo eso hace plausible el intento de prolongar el lema ignaciano (contemplativos en la acción), hacia esa cumbre de ser "contemplativos en la relación", donde quizá se encuentran los mayores tesoros de una vida configurada por la fe y el seguimiento de Jesucristo.

José I. González Faus es responsable del Area Teológica de *Cristianisme i Justícia*.

INTERNET: www.cristianismeijusticia.net • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Teléfono: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-268-0 • Depósito legal: B-20.491-2011 • Junio 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

1. CONTEMPLACIÓN CRISTIANA Y CONTEMPLACIÓN “RELIGIOSA”

Situar la contemplación en el seno de la misma relación interhumana, es algo muy específico del cristianismo, demasiado olvidado por el intento de acoplar lo más posible la fe cristiana con la religiosidad general del ser humano, y hacerla brotar de ahí. Que algo sea muy específicamente cristiano no significa en modo alguno que sea menos humano sino al revés: es *lo más profundamente humano* (y, por tanto, perceptible también desde fuera del cristianismo). Pero sí significa aquello que D. Bonhoeffer repetía en sus cartas desde la cárcel: «el Dios que se revela en Jesucristo pone del revés todo lo que el hombre “religioso” esperaba de Dios».

1.1. Fundamentación teológica

Precisamente por eso, nuestra afirmación sobre esa especificidad de la contemplación cristiana necesita una demostración basada en los textos mismos cristianos. Por ahí comenzaremos. Y para ello, fijémonos en los rasgos siguientes que apuntan todos en una misma dirección.

a) Infinidad de teólogos modernos se han cansado de repetir que Jesús ha-

bló muy poco de Dios y mucho del Reinado de Dios; que no habló de «buscar primero a Dios» sino de «buscar primero el reinado de Dios y su justicia»; ni habló de convertirse a Dios sino de prepararse para entrar en el Reino de Dios (o convertirse para posibilitar su llegada). Estos datos, hoy indiscutibles, podemos desarrollarlos un poco más.

b) Jesús, efectivamente, no da lecciones de teología ni de espiritualidad, no revela atributos del ser de Dios (la

invocación *Abbá* no revela un atributo divino sino un modo de relacionarse con Dios). Jesús, simplemente, anuncia el amor increíble de Dios a los hombres, que el capítulo 15 de Lucas llega a comparar con lo que es el dinero para los seres humanos: la verdadera alegría de Dios se da cuando se recupera “uno solo” de los perdidos (como el hombre rico siente más alegría por la recuperación del millón que había perdido, que por los otros nueve millones que están seguros). En correspondencia con eso, Jesús se estremece de júbilo si ve que los ninguneados por las sociedades humanas comprenden los misterios de Dios mejor que los sabios y poderosos de la tierra.

c) Jesús admira la naturaleza: evoca la belleza de los lirios y la libertad de los pájaros, sabe del cuidado y el cariño que necesita una viña o una higuera, y se asombra ante el poder de la vida para hacer que la semilla crezca por sí sola mientras el labrador duerme. Pero, a la hora de ponernos en contacto con Dios, Jesús no nos invita a dar gracias ni a quedar absortos ante el misterio del universo (aunque esto pueda darse por supuesto). La oración que enseña nos invita a pedir la llegada del Reinado de Dios, que es el triunfo de lo plenamente humano: sustento suficiente para todos y reconciliación entre las personas, la justicia y la paz, en una palabra.

Al igual que Jesús, san Agustín resobaba sensibilidad ante la hermosura de la naturaleza pero, a la hora de buscar allí a Dios, sentía como una voz que le decía: «busca por encima de nosotras»¹. Y es que, si la belleza natural puede *sugerir* a Dios, la historia *manifiesta*

la voluntad de Dios. Y la historia es el tejido de todas nuestras *relaciones* humanas.

Y esta enseñanza del Nazareno recibe una explicitación esplendorosa tras su Resurrección, recapituladora de todo el universo (Ef 1,14). Veamos otros ejemplos de ello.

d) El capítulo 3 de la Carta a los Efesios contiene un canto de asombro del autor, que parece reflejar una profunda experiencia personal de Pablo², sobrecogido ante la revelación de que todos los hombres somos hijos de una misma familia: *todos sin excepción*. Y que eso no es más que la consecuencia de que se ha revelado el Misterio que lo sostiene todo y lo sobrepasa todo, que está actuante en todo y constituye «la sabiduría más eminente»: el amor de Dios hecho visible en Jesucristo. Desde esa revelación las relaciones humanas quedan transformadas: “cristificadas”, divinizadas. Y esa transformación debe afectar necesariamente nuestra manera de enfocarlas. De modo que el ser «contemplativos en la relación» va en paralelo con «la inteligencia del misterio de Cristo» (Ef 3,4).

e) Por la misma razón, las primeras comunidades cristianas acuñaron la fórmula “en Cristo”, o “en el Señor”, que servía para caracterizar todas las relaciones humanas (pareja, familia, esclavitud ...), insertándolas en una especie de atmósfera nueva que las transforma: «hay hermanos, hijos, inspectores y amigos en el Señor, hay saludos, alegrías, exhortaciones... en el Señor, la mutua pertenencia varón-mujer es en el Señor»³... Ese vivir o estar “en Cristo”

es lo que fundamenta una contemplación en las relaciones humanas.

f) Y así se comprende la anécdota de la primera tradición cristiana sobre el apóstol Juan: cuando en sus últimos años, casi centenario y siendo el último testigo vivo de Jesús, se le pedía con ansia que explicara cosas del Maestro, Juan se limitaba a repetir: «amaos unos a otros, amaos unos a otros...». Y ante la queja de que siempre decía lo mismo, y la curiosidad por saber más, el apóstol Juan replicaba: «es que *ahí* está *todo*, y eso basta». Gran verdad porque ahí está la fe-esperanza-caridad; ahí está Dios, Cristo, la Iglesia y lo mejor del hombre.

1.2. Consecuencias

Todos estos datos marcan una diferencia en el modo de concebir la vivencia de la fe (o la relación con Dios) desde una religiosidad general, o desde el cristianismo que sigue a Jesús porque cree en Él como Revelación de Dios. Por consiguiente, marcan también una diferencia fundamental entre el cristianismo y la idea genérica de religión, a la hora de concebir la dimensión orante y contemplativa. Para el primero, la relación con las personas y el amor fraterno no pueden quedar excluidos de la relación con Dios. Y por eso, tampoco pueden quedar fuera de la oración y la contemplación cristianas.

Ojalá esto ayude a comprender que cuanto llevamos dicho no es un “reduccionismo”, sino un camino mucho más difícil que el de la religiosidad general (a menos que se quiera acusar al Maes-

tro de reduccionista...). Por eso cabe sospechar que la acusación de reduccionismo es una excusa interesada para dispensarse de ir a Dios por aquello que Jesús denominaba «la puerta estrecha»; o no ha captado la profunda transformación teológica de las relaciones humanas dentro del cristianismo, que expusimos en el apartado anterior.

Tiene, pues, plena razón Egide van Broeckhoven (jesuita obrero belga muerto en accidente de trabajo a los treinta y cuatro años), cuando escribía en su diario: «se da una oración contemplativa falsa que se desarrolla al margen de la vida, y una oración contemplativa verdadera que la domina»; «se encuentra a Dios cuando se deja *todo por este mundo*»⁴.

Y esa “transformación cristiana” debe afectar nuestro modo de enfocar las relaciones humanas, precisamente porque es una revelación que choca con la más elemental de nuestras experiencias: la gran dificultad y ardua tarea que son muchas veces las relaciones humanas. Es conocido el comentario del bondadoso Juan de la Cruz, a su regreso a Castilla desde Jaén, cuando trabajando en el campo y recogiendo garbanzos, comentaba: «es más lindo manosear estas criaturas muertas que ser manoseado por las vivas»⁵. A ello cabe añadir que hoy quizá vivimos una época histórica de particular deterioro de las relaciones humanas, y de constantes desavenencias en todos los campos: crecen los racismos y los nacionalismos excluyentes, crecen las diferencias de clases, las culturas prefieren chocar en vez de encontrarse, fracasan las parejas y aumenta la violencia de género, los parti-

dos políticos prefieren mirarse como totalidades y no como “partidos”; y el autismo cultural que respiramos nos induce a mirar a los demás como meros objetos o estímulos, pero no como sujetos de dignidad absoluta.

Creyentes o no creyentes, todos deberíamos hacer un esfuerzo por engrasar las junturas de nuestra convivencia, si no queremos deslizarnos por una pendiente que podría terminar en una catástrofe sin precedentes, como si no bastara con todas las catástrofes que hemos ido provocando a lo largo de la historia. Estas líneas se dirigen principalmente a cristianos, sobre todo en su primera parte. Pero, al menos en su última parte, aspiran a ser de alguna utilidad también para quienes no tienen la enorme e inmerecida suerte de la fe, o para aquellos buscadores de los que seguramente vale el dicho de Pascal: «No me buscarías si no me hubieses ya encontrado».

1.3. Necesidad de recuperar el mejor cristianismo

A lo largo de la historia, se ha producido aquí un oscurecimiento del mensaje cristiano, pese a que nunca se haya perdido del horizonte la importancia de lo que el Nuevo Testamento llama sorprendentemente «mandamiento *nuevo*». En esa deformación jugó un papel innegable la helenización del cristianismo. Que fue una tarea necesaria y una epopeya admirable pero que, como todas las inculturaciones, suele pagar un precio que sólo se percibe con claridad cuando fenece la cultura en que estaba encarnada la fe.

Por ejemplo, de algunos padres del desierto se cuentan anécdotas de que iban “tan embebidos en Dios” que ni siquiera respondían al saludo si alguien se cruzaban con ellos. Más tarde, Tomás de Kempis, en un libro superclásico de la espiritualidad católica y lleno de valores innegables, escribe un apotegma famoso: «cuantas veces estuve con los hombres, volví menos hombre»⁶ (n. 147). Lo grave de esta frase (que, según algunos, no es de Kempis sino de Séneca⁷) no es aquello que afirma sino el que sólo afirma eso.

1.3.1. Una antropología más cristiana

En cambio, los textos bíblicos y el hombre Jesús nunca hablan así, pese a que son plenamente conscientes de los peligros incontables que envuelven las relaciones humanas. Pero creen también (aquí hay un elemento mucho más de fe que de argumentación racional), que los seres humanos y sus relaciones (libres y fraternas) son precisamente lo que más ama Dios, hasta el punto de haberles dado “a su propio Hijo”. Y saben que a todas las metas grandes se llega por sendas escarpadas o a través de puertas estrechas.

Si ese neoplatonismo donde entró el cristianismo veía sólo lo negativo del ser humano, buscando la perfección humana en la huída de los hombres, Jesús sabe que “el impuro” es una imagen de Dios que no debe ser rechazada sino restaurada, que el enfermo no debe quedarse en la cuneta sino que debe ser reintegrado en la comitiva, y que hasta al ladrón opresor como Zaqueo se le debe dar una oportunidad... En la tercera

parte retomaremos estas figuras. Ahora baste con asegurar que, en ese tipo de consejos de la tradición ascética, se deja sentir más la presencia del estoicismo que la presencia de Jesús.

Por otro lado, el empeño por buscar la contemplación cristiana en la misma relación humana puede ser mucho más coherente con la antropología moderna que insiste en que el ser humano (y el ser en general) queda mucho mejor definido como *relación* que como mera *sustancia*: la visión evolutiva del mundo –en la biología, y en la filosofía y teología que brotan de ella– va conceptualizando «la realidad como un proceso interdependiente y relacional». Toda la realidad es ontológicamente relacional y, naturalmente, mucho más la realidad personal, en pálida analogía con el ser de Dios donde la persona se define como relación⁸. La «imagen y semejanza de Dios» que define al hombre (Gen 1,26ss) tiene que ver, entre otros rasgos, con la consistencia y la densidad del aspecto relacional en la definición de la persona.

1.3.2. Una teología más cristiana

Y no sólo es más coherente con la antropología sino también con la teología: si Dios es “Comunión Absoluta” y no meramente “el ser absoluto” (y ése es uno de los significados más primarios

del dogma de la Trinidad), sumergirse en Dios, como forma privilegiada de contemplación, no es meramente anegarse en un misterio metafísico, sino involucrarse en una atmósfera de relación: en un misterio interpersonal donde la persona se define como relación: donación y unión.

Todo eso convierte nuestro ser humanos en “una tarea relacional”: como enseña el psicoanálisis, somos “seres separados” desde nuestro nacimiento. Esa separación, que queda sellada al cortar el cordón umbilical, es la raíz de nuestra inagotable capacidad de deseo que nos convierte en seres deseantes en pos de esa fusión total que supere nuestra separación: primero con el pecho materno, después con todo lo que nos llevamos a la boca, más tarde con los celos, los protagonismos las posesividades la búsqueda de una fusión sexual absoluta... «siempre buscando al todo entre la niebla», si vale la parodia de un verso de Machado⁹. Hasta que aprendemos que esa totalidad ansiada es imposible y que nuestro crecer como personas consiste en poner en su lugar la alteridad y aprender a relacionarnos con ella¹⁰.

Establecida así la centralidad e importancia teórica de nuestro tema, vamos ahora a intentar acercarnos a él en una especie de introducción o de guía experiencial (mistagogía).

2. INICIACIÓN A LA CONTEMPLACIÓN Y AL MISTERIO

Según acabamos de ver, la fe cristiana toma muy en serio que el ser humano es imagen de Dios: mucho más que la hermosura de la naturaleza, la inmensidad del mar y el desierto, el misterio oculto del cielo estrellado, o todos esos “flashes” que parecen hablarnos de Dios. Y esa seriedad no se quiebra, sino que más bien se incrementa, aunque se trate de «Tu imagen empañada por la culpa» como cantan los cristianos o, a veces, mucho más que empañada: destrozada y hecha añicos. Esta fractura puede crear dificultades a nuestro propósito. Pero...

2.1. El misterio humano y el Misterio divino

Si las cosas son así, el cristiano debe ir habituándose poco a poco a mirar cada persona que le sale al paso en la vida, como un miembro de Cristo y un hijo de Dios “igual que yo”: tanto si se trata de un amigo como de un desconocido, un mendigo, un banquero, un terrorista, un pariente, un monarca, un enemigo, un ateo o un obispo. Ser cristiano es acostumbrarse a mirar así a todos, como primer calificativo. Y convertir esa mirada

en un factor decisivo de mi conducta para con cada persona.

Sólo desde aquí, se puede llegar fundadamente a lo que cada persona tiene de único y de irrepetible, más allá de sus condicionamientos de cultura, clase social, familiar, historia médica o evolución personal... Si no recuerdo mal, Jacques Leclercq escribió años atrás, hablando del amor humano: «el que dice de veras ‘te amo’ dice algo *completamente nuevo* aunque, antes de él, hayan dicho eso mismo millones de perso-

nas»¹¹. El animal macho que copula con la hembra no hace algo completamente nuevo o inédito. Y esta perenne novedad de la persona humana, que es reflejo de lo dicho en el capítulo anterior y fuente de su dignidad sacrosanta, vale para todos los hombres y mujeres, no sólo para los de la propia familia, patria, religión o raza.

Pero llegar hasta ahí, conseguir esa mirada y esa postura, no es nada fácil, es como un horizonte que nunca se alcanza. Sin embargo, y aunque el horizonte no se alcance nunca, caminar en esa dirección lleva la vida humana hacia paisajes desconocidos y sorprendentes.

El verdadero objeto de lo que la tradición llamó «ascética»¹² es la capacitación de la voluntad y la sensibilidad humana para ese modo de ver y de situarse en el mundo. La ascética cristiana no es un esfuerzo dedicado a la propia cirugía estética, sino una capacitación para descubrir la insospechada riqueza y el tesoro escondido que puede haber en las relaciones humanas. Por ahí van transitando nuestras relaciones en una especie de maratón interminable, desde el “hombre (o mujer)-objeto” al “hombre (o mujer)-misterio”. Y así se comprende la observación de Egide van Broeckhoven: «el desprendimiento más profundo sólo tiene sentido como una etapa hacia el apego más profundo»¹³.

El cristiano acomete este esfuerzo ascético desde la profunda convicción y experiencia de su incapacidad. Pero contando con que su pequeño y duro trabajo, dirigido por el que la fe cristiana llama «el Aliento (el espíritu) de Dios», puede llevarle a metas insospechadas y

muy de agradecer. En ese esfuerzo confiado se le irán recolocando y enriqueciendo muchas de las dimensiones presentes en toda relación, contradictorias tantas veces en una primera experiencia, pero capaces de ser armonizadas conforme maduran las personas.

Como único ejemplo veamos la sorprendente dualidad entre las dos formas más bellas de relación y las más espontáneamente contemplativas: la amistad y el amor. El amor anhela siempre más fusión y percibe que se ha quedado a medias en colmar su anhelo; mientras que en la amistad, el gesto más “pobre” y más sencillo abre un trasfondo inmenso de unión. Ahí percibe el ser humano que amistad y amor, las dos cumbres de toda relación humana, no son simplemente contrarias: ambas son, sí, parciales y tienen sus campos y sus momentos en lo que toca a la materialidad de la relación; pero son armónicas, y suman más que restan, en lo que es el elemento formal de la relación. Por eso, ambas pueden hablar de Dios y remitir a Él.

Por eso también, nada de lo dicho en este apartado significa que el ser contemplativos en la relación no necesite ratos y horas de soledad y contemplación *personal*. Lo único que significa es que esa oración personal debería ser en buena medida una escuela y una preparación para esa otra contemplación más difícil, y que no brota espontáneamente. Los otros han de ser materia de mi oración muchas veces: lo cual empalma con aquella enseñanza de un viejo maestro del espíritu: orar no es mirar a Dios sino «mirar al mundo con los ojos de Dios».

2.2. Del Dios atisbado al Dios revelado

En la vida humana hay experiencias que sugieren trascendencia o, al menos, invitan a adentrarse en ellas buscando algo más: son experiencias de belleza y gratuidad, de inmensidad en el desierto o ante el mar, de grandeza en las cumbres de las montañas, o de profundidad en una relación humana, de plenitud o paz (en la música), de amor (sensación de fusión junto a la del placer)...

En realidad todas esas experiencias brotan de la vivencia misma del ser, y de la conciencia de ser que se percibe tan real como infundada: «Asombro de ser: ¡cantar!», cantaba Jorge Guillén¹⁴, de manera tan escueta como trinitaria: el ser, la conciencia asombrada de ser (el Logos) y la dicha de ser (el canto)¹⁵.

Todos esos atisbos de trascendencia están en la base de muchas actitudes religiosas, y con frecuencia se ha hablado del “sentimiento oceánico” como base de la búsqueda de Dios, mucho más que el miedo, que sólo sabe forjar ídolos.

Pues bien, lo específico del cristianismo a nivel de *actitudes* (no precisamente de *contenidos*) se sitúa en la invitación a escuchar que, a esos atisbos de trascendencia, Dios les responde: «lo que atisbas está más a tu alcance de lo que crees, pero está ahí donde no lo buscas: en los pobres y enfermos..., vaciado de sí y anonadado». De modo que si lo específico del eros religioso brota del «busca más arriba» que creía escuchar Agustín, lo específico del eros cristiano sería un «busca más abajo». Esa conversión el eros religioso es imperativa para un cristiano; y aquí cabe evocar

una frase de la tradición ignaciana: «lo divino es ser inabarcable para lo máximo y caber en lo mínimo»¹⁶. Como también se entiende desde ahí el lema que aglutinó toda la experiencia creyente descubierta por Etty Hillesum: «ayudar a Dios»¹⁷. Ayudar a Dios a no morir en mí (cuando Le acojo en su rostro desfigurado), y a nacer o crecer (o renacer) en los demás.

La sorprendente paradoja cristiana reside ahí, en que el adorar a Dios se convierte en ayudar a Dios, y ayudar al hermano se convierte en adorar a Dios. Además de Etty Hillesum, Dietrich Bonhoeffer y otros testigos cristianos del pasado siglo testificaron de mil variadas formas esa paradoja, que parece dar contenido a lo que Jesús recomendaba a la samaritana: adorar a Dios, no aquí o allá, sino «en espíritu y verdad... porque Dios es espíritu y así quiere que sean los que le adoran» (Jn 4, 23).

Curiosamente, los testigos citados testifican que esa actitud acaba convirtiéndose en algo que cabría designar como “experiencia de resurrección”. En testimonios de curas obreros, o de muchos misioneros (a veces mártires) del tercer y cuarto mundo, es frecuente esa experiencia de resurrección en la muerte, a la que Msr. Romero aludió una vez en una entrevista: «si me matan resucitaré en mi pueblo». No se trataba ahí de negar la resurrección futura sino de anticiparla en esa resurrección de Cristo que se actualiza cuasi sacramentalmente en toda humanidad oprimida, maltratada o ninguneada que se libera y se humaniza.

Por eso, para una mística auténtica que nos haga contemplativos en la rela-

ción, es importante recordar que el cristianismo no es una religión de muerte, ni tampoco una religión de resurrección. Es *una fe de resurrección en la muerte*. Y en ese proceso, la muerte no es propiamente buscada sino sobrevenida, como le sucedió a Jesús. Y la resurrección tampoco es buscada sino regalada y (en todo caso) esperada. También como le sucedió a Jesús.

Finalmente, en este paso del Dios atisbado al Dios revelado, el ser humano acaba descubriendo su propia impotencia. Esa impotencia propia le remite de otra manera a Dios que, Infinito, Inmanipulable e Inobjetivable como es, no deja de ser por ello su Roca, su Alcázar y su Refugio como cantan los salmos ininidad de veces.

2.3. Del Dios revelado a la realidad rebelde

Para no salirnos de la paradoja cristiana, es precisamente esa total referencia a Dios la que lleva al creyente a poner todos los medios humanos a su alcance (en análisis, discernimiento, entrenamiento y paciencia) para recibir la ayuda de Dios «que nos enriquece con su pobreza», nos hace crecer con su debilidad y está con nosotros en su abandono.¹⁸

Ello nos obligará a añadir a estas reflexiones una tercera parte, para buscar caminos prácticos y pautas de acción y crecimiento en ese programa de ser contemplativos en la relación. Como ya dije, esta última parte puede ser útil también para el no creyente que, a pesar de lo que él cree ser su falta de fe, adivina

quizás algo de verdad y de belleza en cuanto llevamos expuesto, y desea o busca también una cierta mística de las relaciones humanas.

Pero, en esta última parte de nuestro recorrido, el autor del Cuaderno deberá ir desapareciendo, empequeñeciéndose o bajando la voz cada vez más: porque no existen recetas prefabricadas y cada cual ha de acabar siendo el maestro de sí mismo, que va aprendiendo de sí y encontrando su propio camino. En un lenguaje que quiere ser general ya no cabe afirmar sino sugerir, no imponer sino orientar, ni exponer sistemas o construcciones teológicas sino sólo condensar o procesar experiencias humanas.

Eso intentaremos en la parte siguiente “con la boca chiquita”. Antes, para suplir la falta de recetas concretas, irá bien, a modo de transición, enmarcar las páginas que siguen en una reflexión sobre el amor, que parece ser el marco y la cumbre de todas las relaciones humanas, hacia la que apuntan todas ellas.

2.4. De la realidad al amor “que es de Dios”

De manera general podemos definir al amor como *la entrega de uno mismo, hecha desde la más absoluta libertad, para hacer crecer a la otra parte*. Esa sería como la cumbre de todo un proceso general de “querer el bien del otro”, que culmina en las formas más particularizadas (amor de pareja, amistad), para las cuales podemos mantener la definición dada, pero hablando ahora de entrega *mutua*.

Partir de esa definición permite poner de relieve las deficiencias o deformaciones del amor, tan frecuentes e inacabables entre nosotros, y que encontraremos en otras muchas relaciones.

a) Comencemos por la segunda de las características descritas: la libertad en la entrega: muchas veces sucede que la entrega no se hace “desde la más plena libertad”, sino por engaño, seducción, falsa necesidad... La libertad suele tener mil falsificaciones entre los humanos, sin que esto signifique abdicar de ella, sino buscarla cada vez más auténtica.

b) Esa falta de auténtica libertad en la entrega suele desfigurar la meta de ésta que era el bien de la otra parte: uno puede entregarse no para hacer crecer al otro sino para conseguir la rendición del otro. O puede entregarse, pero pasar luego facturas por el propio don, contabilizar las respuestas, etc.

c) Y por estos dos desvíos se falsifica el sustantivo que define al amor: la entrega. Si la fuente y la meta del don están falseadas, la entrega puede ser simulada, calculada, inferior a la medida justa, etc.

Y hablo expresamente de “medida justa” porque, naturalmente, no en toda relación humana se exige una entrega plena y absoluta, cosa absolutamente imposible. Sólo en determinadas relaciones (de pareja o familiares o de amistad íntima) la entrega podrá aspirar a diversas formas de plenitud. En muchos otros casos, el amor al prójimo será simplemente el deseo libérrimo de su cre-

cimiento; deseo que podrá requerir incluso determinados grados o gestos de entrega, o se limitará, por las circunstancias que sea, a mantenerse en actitudes de respeto profundo.

En cualquier caso, y prescindiendo ahora de las mil concreciones prácticas posibles, esta última forma de amor (el deseo desinteresado del bien del otro) suministra una base para el enfoque contemplativo de la relación. Y esa base coincide con la fórmula clásica de algunos místicos: «amar a Dios en todos y a todos en Dios».

Amar a Dios en el prójimo es amar lo mejor de él, presente o latente, amar la presencia del Espíritu de Dios en él, que es lo más íntimo y lo más profundamente suyo. Amar al otro en Dios es amarlo como Dios le ama: para ayudarlo a que dé lo mejor de sí, para que haga rendir ese capital de su filiación divina, sinónimo de libertad y fraternidad.

2.4.1. Posible objeción

Desaparece así un falso dilema que oímos plantear a veces: «si se ama al prójimo por Dios, no se le ama por sí mismo, con lo que ese amor queda devaluado». Quien arguye de este modo sigue pensando a Dios y al hombre de una manera competitiva y no desde una relación «posibilitante e impelente» (X. Zubiri). Por eso no ha comprendido que, precisamente *amar al otro por Dios, es la manera más intensa de amarlo por sí mismo*: porque nada hay más profunda ni más valiosamente suyo que la presencia de Dios en él. Al revés de lo que ocurre en la experiencia –más imperfecta– de nuestros amores humanos, el

amar al otro por Dios y amarlo por sí mismo, no son magnitudes inversamente proporcionales, sino que crecen ambas en la misma proporción. Y cuando esto no se dé así (si Dios fuese realmente el único resorte en nuestra relación con el otro), podemos sospechar que no hemos llegado todavía a amar, sino a “soportar” (o quizás perdonar) pacíficamente al otro. Cosa que no será infrecuente en la trama de nuestras relaciones.

Aquí se vuelve a insinuar la gran dificultad que este tema nos plantea en la práctica: todo lo expuesto, por diáfano y verdadero que pueda parecer, sirve de poco porque, en la realidad, se encuentra con infinidad de lastres y de choques, derivados de las limitaciones, propias y de los otros, de las deformaciones presentes en ambos, o de circunstancias o momentos poco compatibles en el tiempo de la relación.

Efectivamente, lo que hemos intentado describir era un modelo más que una realidad. Y un modelo del que la más mínima dosis de lucidez nos hará ver cuán lejos estamos de él: como cuando Jesús decía «sed misericordiosos¹⁹ como lo es vuestro Padre celestial». De ahí que un punto de partida imprescindible para ser contemplativos en la relación es la plegaria que pide constantemente al Señor eso tan fácil de decir, tan aparentemente cercano y tantas veces distante de nosotros: «enséñame a querer: haz que aprenda a amar como Tú amas». No cabe concebir vida cris-

tiana donde esta forma de plegaria no esté insistente y cotidianamente presente.

Cada uno de nosotros posee una variedad llamativa de registros y de teclas. Y los demás constituyen para nosotros, a pesar de tantas semejanzas y rasgos comunes o universales, un inmenso caleidoscopio de colores móviles que no podemos fijar ni generalizar totalmente. Por eso, el aprendizaje del amor nos obliga también al rigor y al análisis, precisamente por la mayor responsabilidad del amor en el ser humano. Los buenos sentimientos y la buena voluntad son necesarios e imprescindibles, pero no bastan: pues el amor implica una donación personal; y la persona es más que voluntad y sentimientos: es también inteligencia y capacidad de captar lo real. Pasión y rigor dan lo mejor de sí cuando están hermanados, pero pueden correr graves riesgos si están divorciados.

De ahí que nos veamos llevados a seguir con un pequeño catálogo y análisis de *actitudes propias* a buscar, y de *variantes humanas* que podremos encontrar, y que nos llevarán a preguntarnos cómo mira Dios a las personas con las que trato, para acercarnos así a la pregunta de cómo debemos nosotros mirarlas primero, y tratarlas después.

Así podemos pasar a la tercera parte antes anunciada, recordando lo dicho: aquí no valen recetas mecánicas sino sólo orientaciones, y cada cual deberá realizar estos análisis por sí mismo.

3. ORIENTACIONES PRÁCTICAS

A nivel creyente, ya hemos apuntado que la actitud a buscar en las relaciones humanas es aquella que describía san Ignacio: «a Dios en todas amando y a todas en Dios».

Pero difícilmente conseguiremos esa actitud, si no cultivamos una forma de mirar *toda la realidad*. Una forma de mirar en la que se encierra una profunda teología dialéctica.

a) Por un lado un claro “pan-en-teísmo”: esta palabra (que no debemos confundir con el panteísmo) significa que *todas las cosas están y subsisten en Dios* y, por eso, no pueden abarcarlo. Por eso también, Dios no es un simple interlocutor por privilegiado que lo imaginemos.

b) Y, a la vez, si se me permite la expresión, un claro “teo-en-pasismo“, que suele olvidarse cuando se explica el panteísmo: *Dios está en todas las cosas, (Theos en pasi)* aun en las más pequeñas y en lo más profundo de ellas. Por eso puede convertirse en interlocutor privilegiado para los seres personales.

Dios es antes una especie de mar, o de atmósfera, que un mero interlocutor. No obstante podemos, y debemos, dirigirnos a él como a un interlocutor. Re-encontramos así, y explicamos un poco

más, el axioma antes citado sobre Dios: lo más grande no puede abarcarlo, y puede caber en lo más pequeño.

Esta manera general de asomarse al mundo, debe ser fomentada en la oración personal superando así la visión de Dios como individuo particular (limitado por tanto a pesar de su grandeza). Aunque pueda, y deba ser invocado, Dios no es interlocutor particular sino el interlocutor-oceánico o el océano interlocutor.

3.1. Actitudes de fondo

Esa visión global de la realidad se desdobra, cuando nos acercamos a los demás seres humanos, en otras actitudes que podemos calificar como respeto, sonrisa, cercanía igualitaria y capacidad de escucha.

3.1.1. *Respeto*

En primer lugar, el profundo respeto que debe inspirarnos la sacralidad de la persona, como un modo de apertura a los demás, que englobe todas nuestras reacciones posteriores.

Cuando entramos en una iglesia no por meras razones de curiosidad o de turismo, nos predisponemos con una actitud de respeto ante el clima tranquilo y silencioso que pretende invitarnos a la contemplación. Pues bien, eso tan sencillo y que tantas veces habremos procurado hacer mecánicamente, debería acrecentarse con cada persona que nos encontremos, y que es un verdadero “templo de Dios”. Juan Crisóstomo y otros padres de la Iglesia reñían a veces a sus fieles con este argumento: «os pre-

ocupáis por vestir con un damasco las paredes de la iglesia o las imágenes de Cristo y luego, al salir, encontráis un verdadero templo y un rostro de Cristo Vivo que está desnudo en la calle... y pasáis de largo».

Pero no sólo los Padres de la Iglesia. E. Lévinas se hizo famoso por sus profundas reflexiones sobre “el rostro”: de todas las realidades a que acceden nuestros sentidos, el rostro es la única que no es un mero “fenómeno” (un mero objeto)²⁰, sino *una interpelación*, una llamada al respeto, a la ayuda, a la comunión... Y el rostro es lo más distintivo de la persona.

Podrá ser que, en la práctica, esa interpelación sea engañosa (por eso el amor está obligado a ser inteligente), pero esa posible deformación no invalida la calidad suprema del rostro: es el único objeto que no me permite ser sujeto sino que me llama a ser interlocutor y hermano²¹. En el rostro hay una especie de “infinitud” que me impide atraparlo y que destroza mi pretensión de “totalidad”. Por eso, la contemplación ante el rostro trasciende la mera *constatación* que proporciona el sentido de la vista, y se convierte en *llamada* que pide escucha: «si oís su voz no endurezcáis el corazón», rezaba el salmista²².

Ésta es la verdad-raíz de nuestro universo relacional, que deberíamos activar y recordar cada mañana –casi como quien conecta el teléfono móvil al despertar– para pedir a Dios esa actitud de respeto casi religioso, con cada “imagen de Dios” que nos encontremos a lo largo del día.

Y desde esta fuente brota una doble variante en la que debería desplegarse el respeto que reclama el rostro.

3.1.2. *Acogida*

Si antes hablábamos del “rostro” como expresión de la interpelación del otro, ahora cabe añadir que la sonrisa es el rostro de la acogida, y expresión de un encuentro humano.

El encuentro con cada persona que nos sobreviene a lo largo del día, es encuentro con Cristo o con un «vicario de Cristo»²³. Como encuentro con alguien a quien amamos, debe producirnos alegría y sonrisa. Y el regalo de la sonrisa incubaba un talante bien humorado.

Todos hemos experimentado hasta qué punto el buen humor es aceite en las relaciones humanas, hasta qué punto una sonrisa cálida puede cambiarnos, hasta qué punto las personas, cuando estamos de buen humor, sacamos lo mejor de nosotros mismos ante los demás. Hace años aludí a la sonrisa, como posible forma moderna de santidad, si no estuviese tan falseada por todas las sonrisas artificiales e insinceras, ensayadas en mil castings o ante mil espejos, simplemente para vender y explotar más al otro. Todo ello es una pena, pero es también una prueba del poder de la sonrisa.

El contemplativo en la relación debería prepararse para ser persona de acogida sonriente y bien humorada. Por eso, la oración cotidiana del cristiano nunca debería olvidar esta doble petición: una actitud general de respeto ante los templos del Espíritu con que voy a encontrarme aquel día, y una disposición de sonrisa acogedora ante los

Cristos que me van a salir al encuentro. De san Alonso Rodríguez, portero durante varios años en el colegio de los jesuitas de Mallorca, ha quedado la respuesta que le brotaba, estuviese donde estuviese, cada vez que oía llamar a la puerta: «Ya voy, Señor». Aunque tuviera que arrastrarse hasta la portería con unos pies cargados por los años y unas llaves pesadas por la escasa tecnología de la época.

Al respeto y la acogida se sumará una tercera petición, que debería empar también la oración y la contemplación del cristiano: una actitud de cercanía fraterna ante todos los hermanos (por hijos de Dios) que se cruzarán en mi camino cada día.

3.1.3. *Igualdad fraterna*

De manera rápida, y casi de pasada, aconsejaba san Pablo a sus cristianos «mirarse unos a otros como superiores» (Flp 2,3), añadiendo que eso sería tener «los mismos sentimientos de Cristo Jesús».

Si el consejo parece excesivo ayudará pensar que, proponiéndonos eso, ¡a duras penas lograremos mirarlos como iguales! Es como la bala del chiste, que ha de apuntar un poco más arriba de la meta, porque tiende hacia abajo en su trayectoria, debido a la ley de la gravedad (y el cabo que explicaba eso a los soldados añadía que, aunque no hubiera ley de la gravedad, la bala tendería a caer igualmente «por su propio peso»). Quizás es este propio peso nuestro el que san Pablo tenía ante los ojos cuando daba su consejo. Y el olvido de este consejo paulino puede dar razón del fra-

caso, o escaso logro, de dos ideales de la Modernidad (igualdad y fraternidad) cuya astenia ha contribuido a falsificar, a veces monstruosamente, el grito de la libertad.

A partir de este consejo paulino, y usando sesgadamente la jerga freudiana podríamos decir que los otros constituyen nuestro “super-ego”, no en sentido psicoanalítico de exigencia orgullosa sino en sentido de respuesta a la llamada del rostro antes vista. Y que Dios viene a ser el “Ello” supremo (y con mayúsculas): tampoco en el sentido freudiano de exterioridad al propio ego, sino en el sentido de la objetividad total, el “verdadero todo” frente a nuestras subjetividades parciales y minúsculas que son falsas todas.

Respeto profundo, sonrisa acogedora y fraternidad igualitaria deberían componer la página inicial de nuestra apertura a la relación interhumana. Una entrada plenamente cristiana y plenamente humana. Esa actitud global, habrá de modelarse y tejerse después de modos muy diversos según la inacabable variedad de personas, psicologías y situaciones, y de acuerdo con lo dicho antes sobre la necesidad del análisis y la inteligencia, también para el amor.

Porque abordar contemplativamente nuestras relaciones humanas implica una doble convicción: *la profunda inmanencia de Dios en su Trascendencia*, pero también *la autonomía de la realidad*, que pide a estas actitudes globales una “inculturación” en cada persona particular y en cada relación concreta. Porque lo que existe no son hombres ni personas en general, sino Fulano y Mengana en particular. Y así, habrá per-

sonas a las que una sonrisa pueda desarmar y predisponer para una buena relación; pero hay otras (o hay momentos en la vida de una persona) hoscamente malhumoradas, a las que una sonrisa puede irritar más y quizá nos devolverán una mirada crítica y despectiva de nuestra simpleza.

3.1.4. Capacidad de escucha

De estas tres actitudes brota una cuarta que me parece fundamental para unas relaciones ancladas en la contemplación: la capacidad de escucha. No me refiero con este título a escuchar a aquel que nos necesita y viene a pedirnos orientación o consuelo. Esto puede resultar más fácil aunque, a veces, el interlocutor pueda ser pesado.

Pero ahora me refiero a la capacidad para escuchar *a aquél que nos desarma*, que rompe nuestras seguridades. Lo cual alguna vez podrá ser «obra del mal espíritu» (como decían los clásicos de la espiritualidad), pero otras veces podrá ser una llamada a nuestra puerta del Dios que nos busca.

¿Cuándo puede suceder esto último? Cuando la escucha parezca un atentado a nuestra seguridad, y el miedo nos haga cerrar los oídos ante toda posibilidad de prestar atención. Suelo decir que nuestra necesidad de seguridad es una de las mayores tentaciones de la fe, que la convierte en pura superstición o en fundamentalismo. Porque, como escribió hace años R. Bultmann «la fe cristiana consiste en hallar la seguridad allí donde no puede verse la seguridad»²⁴.

Hay personas, o etapas de la vida, en que la necesidad de seguridad puede ser

tal, que sacrificamos a ella nuestra inteligencia, nuestra capacidad de raciocinio y nuestra capacidad de escucha. Ante lo que pueda amenazarnos tenemos respuestas prefabricadas de manual, o de catecismo, que proferimos rápidamente sin haber llegado a comprender al otro. Éste es un rasgo característico de todos esos grupos o movimientos cerrados sobre ellos mismos y con tendencia a la secta. Damos respuestas prefabricadas a cada pregunta sin habernos dejado penetrar por ella, ni mucho menos por lo que ella transmite de la situación de nuestro interlocutor.

Para hacerlo gráfico con un ejemplo, evocaré la película bosnia, *En el camino*, precisamente porque, dado que se refiere a un fundamentalismo islámico y no cristiano, podemos mirarla con más objetividad y sin que nos amenace de entrada. La directora, no obstante, deja claro que ella no ha querido criticar al islam sino reflejar algo de psicología humana y de la religión en general. Y ese algo es lo siguiente: el protagonista, acabado de salir de la catástrofe de la guerra, ha perdido el sentido de la vida. En este contexto busca salida en el alcohol y sólo consigue perder su puesto de trabajo. Es en este momento cuando cae en manos de un grupo musulmán: la fe de los compañeros le devuelve paz, seguridad, confianza... y le libra del alcohol. Que esto implique transigir con algunas costumbres que antes hubiera despreciado (como el rostro cubierto de las mujeres, etc) le importa muy poco al lado de la seguridad recobrada. Pero esta obstinación en su propia seguridad acaba volviéndole incapaz de escuchar

y comprender a su pareja (con la que al comienzo de la película mantenía una relación bonita). Para cada explicación de ella tiene una respuesta preparada que saca como de un depósito y repite mecánicamente, quedándose tranquilo él pero desesperada ella. Hasta que la relación de la pareja se rompe. Es el precio de no haber sabido escuchar. Y esa incapacidad para escuchar la ha creado el blindaje en su propia seguridad.

Se ve en seguida que esto no es exclusivo del mundo musulmán. En el campo católico se dan también (y a veces entre obispos), fundamentalismos dolorosos que sacrifican toda la comprensión del mundo que les envuelve, al ídolo de su propia seguridad. Por esa idolatría, el fundamentalismo lleva a o a la secta y al gueto, o a la violencia agresiva que busca eliminar al otro. Quienes así reaccionan nunca se han planteado que aquel interlocutor molesto es también una criatura querida por Dios, que también él tiene sus búsquedas y sus preguntas; y, al no saber ver esto, se incapacitan para la escucha y la comprensión. Una relación más contemplativa les habría llevado a poner la confianza en Dios por encima de su propia seguridad y a no confundir ésta con aquélla. Mientras que su miedo les ha incapacitado para la relación y para el crecimiento que podrían haber conquistado si hubiesen invertido los talentos de su seguridad en lugar de enterrarlos bajo tierra. Como el apóstol Pedro, se han hundido al percibir que estaban andando sobre las aguas y que esto les hacía perder seguridad. Y merecerían el mismo reproche que el apóstol: «hombre de poca fe».

En cambio, de haber invertido cuidadosamente el talento, habrían cosechado uno de los más difíciles y más valiosos capitales humanos: la capacidad de conjugar la máxima fidelidad a las propias convicciones con la máxima capacidad de acogida de lo distinto, y de igualdad fraterna.

Y tras estas cuatro actitudes generales, es hora de pasar por fin al análisis antes anunciado de la variedad de relaciones humanas. Con la boca chiquita, como ya dije, y sin pretensiones de exhaustividad. Sólo podremos apuntar algunos ejemplos aclarando que, aunque hablemos de los otros (objetivándolos), la dificultad reside más bien en las diferentes sensibilidades y reacciones que brotan *en nosotros* ante cada tipo de personas.

3.2. Variedad de personas

3.2.1. «Con vosotros está y no le conocéis». Las víctimas

El texto entrecomillado lo cantaban hace tiempo los cristianos, y es una pena muy significativa que ese canto haya pasado a un segundo plano en nuestras liturgias. En él se nos describe una actitud contemplativa ante el colectivo que son las víctimas del sistema humano: ver en ellas a Cristo que «clama por la boca del hambriento» o del que «está preso, está enfermo, está desnudo». Sentir y escuchar el clamor de Dios en ellos.

Invirtiendo la revelación inicial del primer relato bíblico («he oído el clamor de mi pueblo y voy a bajar a liberarlo»: Ex 3,7.8), ahora se nos pide a nosotros

que oigamos el clamor de nuestro Dios y nos aprestemos a liberarlo. Esa inversión es fruto de toda la obra de Dios en la historia, con la «recapitulación de todas las cosas en Cristo que es Su Palabra» (Ef 1,14), y con el «envío de Su Espíritu sobre toda carne» (Hchs 2,17). Por ella, cuando Ignacio Ellacuría percibe a las masas maltratadas de El Salvador como la personificación actual del Siervo de Yahvé (de Isaías 53), o cuando las define como «pueblo crucificado», o cuando la asamblea episcopal de Puebla habla de «rostros de Cristo» para designar a una variada lista de víctimas de nuestra sociedad (mujeres, jóvenes en paro, inmigrantes...), nos están proponiendo una verdadera actitud contemplativa en nuestro modo de relacionarnos con ellos.

Es incomprensible que todavía muchos que se dicen cristianos sientan que se persigue a Dios cuando se quema un edificio religioso o se critica a una institución eclesiástica (que, en definitiva, son ambos “obra de manos humanas”) y no sientan eso mismo cuando se maltrata y se asesina a un hijo de Dios. Por fortuna, esta mentalidad ha ido cambiando durante los últimos años, y la actitud que aquí se propone ha ido cuajando o, al menos, volviéndose comprensible. Pero subsiste el peligro de que ese cambio se dé sólo a niveles notionales, teóricos; y que sólo escuchemos un clamor genérico de “hambrientos, pobres o enfermos...” que son sólo palabras abstractas. La fuerza contemplativa, y el valor del canto citado, se intensifican y se radicalizan cuando esos abstractos cobran rostro concreto y nombre individual: cuando dejan de ser

“el” pobre o “el” parado, y pasan a ser Fulano o Mengana.

No obstante, y aunque quede mucho por hacer, demos por asentado este punto (pobres y víctimas, enfermos, forasteros, enemistados..., quizá desconocidos pero cuya realidad es innegable e inmensa), y pasemos a otro tipo de ejemplos: conocidos, compañeros o amigos, amores, maestros, santos... ¿Qué ver, y cómo, en cada cuál?

Analicemos algunos ejemplos.

3.2.2. «Ni éste pecó ni sus padres» (Jn 9,3). Los enfermos

Una mirada auténticamente contemplativa me llevará a fijarme más en el daño real del enfermo que en posibles defectos suyos que me liberarían de responder a su dolor. Ante los enfermos debemos eliminar todo juicio. Es indudable que, a nuestros ojos, hay buenos y malos enfermos y que la enfermedad puede volver a los humanos egoístas o maniáticos. Pero es cierto también, cristológicamente hablando, que su enfermedad les da como un derecho ante nosotros los sanos: el derecho a no ser juzgados ni condenados, aunque a veces por su propio bien, tengan que ser forzados, con la mayor dulzura posible.

Es además enriquecedor contemplar la ternura y la paciencia que a veces inspiran esos enfermos, por su desvalimiento, a personas que tratan con ellos, enfermeras, cuidadores, médicos..., y que sacan ante ellos sus mejores tesoros personales sin esfuerzo casi, y sin necesidad de una explícita referencia al Cristo de Dios. Y además es posible que (como se suele decir que “los pobres nos

evangelizan”), la inmersión en el mundo de la enfermedad se convierta para nosotros con el tiempo, en un factor de conversión, o de cambio de muchos de nuestros modos deformes de ver: ¿por qué él y no yo? Es la verdadera pregunta contemplativa que invierte la reacción espontánea de nuestro ego: ¿qué he hecho yo para merecer esto?

3.2.3. «Sonriendo has dicho mi nombre». Relaciones gratificantes

Si hay algún tópico cargado de verdad es que toda la felicidad que cabe en este mundo radica en unas relaciones humanas de calidad, acompañantes y unificadoras. Precisamente por eso, en nuestra obsesión por conquistar esa meta, las personas tendemos a matar «la gallina de los huevos de oro», y podemos volvernos egoístas y estropear la relación.

Por eso, cuando la vida nos dé estos regalos, hay que aprender a paladear todo lo gratificante que proporciona la relación personal en amor, amistad, etc., y valorarla no como un mérito o conquista propia, sino como la más profunda *experiencia de gratuidad*. Toda relación gratificante es un regalo que debemos agradecer y que nos obliga a dar más porque hemos recibido más. Precisamente al vivir esas experiencias espléndidas como dones gratuitos y no como méritos propios resultan infinitamente más gratificantes y menos amenazadas. Y nos abren hacia aquellos (tantísimos y tantísimas) a los que la vida ha negado hasta unas monedas de cariño.

Parece obligado evocar aquí el misterio de la atracción sexual con todo lo

que tiene de experiencia de alteridad, de promesa y sorpresa (cf. Gén 2,23ss). Vivirla así genera a la vez respeto, asombro y sensación de indignidad. Y hablo de la atracción sexual *global*, no meramente de la atracción *corporal* (distinta aunque casi inseparable de la otra) la cual puede llevar a una reducción genital de la sexualidad y, por su carácter pulsional, puede volver opaca la sexualidad y convertir la comunión en posesión, la alteridad en dominio y el misterio de la alteridad en objeto de consumo²⁵. Lo gratificante de esa atracción quizá reside en que es pálido esbozo del mismo Dios cuyo ser es darse (Padre), perderse en esa entrega (Palabra) y recuperar su ser plenificado en ella (Espíritu).

3.2.4. «¿Por qué me hieres?» (Jn 18,22). *Las ofensas*

Todos soportamos en la vida momentos o experiencias de humillación o mal trato. No siempre es posible calibrar en ellos el grado verdadero de ofensa. Y todos tendemos a juzgar *la intención* del otro por *la reacción* que provoca en mí. Semejante juicio es equivocado en la mayoría de los casos. Por eso, muchos maestros de la vida interior recomiendan el camino de no responder a la desautorización sufrida, y no pensar que, cuando respondo, lo hago “sólo por defender la verdad” y no por dejarme a mí en buen lugar. A la larga, muchos han experimentado que, de esa actitud de no vindicar, acaba brotando una paz que resulta aceptadora del otro y puede remitirnos al último misterio de un Dios *semper maior* (siempre más grande).

Así puede comprenderse también por qué Ignacio de Loyola se empeña en pedir en la oración «humillaciones y ofensas». No se trata de un masoquismo morboso que se complace en la propia herida (el mismo Ignacio trabajó por aclarar la verdad cuando estaba en juego un bien mayor de la Iglesia o del evangelio). Se trata de un camino difícil hacia la máxima libertad interior, que sigue la dialéctica de Juan de la Cruz: «para venir a tenerlo todo has de ir por donde no tienes nada». Y que cuenta con el ejemplo y el destino del Jesús a quien seguimos como fuerza y apoyo en esas horas duras.

3.2.5. «¿Cómo cantar el cántico del Señor en tierra extraña?» (Sl 137,4). *Los malos*

A pesar de cuanto llevamos dicho, los malvados existen; la maldad es como una amenaza “genética” que nos afecta a todos. Y, en algún momento de nuestras vidas podemos tropezarnos con los grandes sinvergüenzas que pueblan el planeta o, al menos, con sus obras.

Éste es el punto en que resulta más imposible dar juicios generales, porque ocurre como ante el cáncer: hay que dilucidar en cada caso si son sólo células neoplásicas, si es ya un tumor maligno, de qué tamaño y gravedad, si afecta o no a los ganglios, si hay otras metástasis...

Me limitaré a exponer sólo el proceso ideal, evocando la escena de Zaqueo que narra Lucas: un perfecto canalla que se ha hecho riquísimo y que se beneficia de una estructura piramidal gracias a la cual las iras que debe desatar caen más sobre sus subordinados que sobre

él. ¿No es un paradigma repetido infinidad de veces en la historia humana? Pero en aquel hombre quedaba todavía una rendija entreabierta: es quizá el único caso que cuentan los evangelios en que alguien de los enemigos de Jesús se acerca a él por curiosidad y no con agresividad que pretende «cogerle en alguna palabra» (Mt 22,15). Y ese resquicio va a convertirse en su salvación.

Jesús se comporta ante él como un contemplativo en la relación. Sabe que «también éste es hijo de Abrahán» y que «el Hijo del Hombre vino a buscar lo que estaba perdido» (Lc 19,9.10). Zaqueo encuentra así una acogida que nunca hubiera sospechado; y eso lo cambia hasta extremos que, a cualquiera de su casta, le parecerían impensables. Porque también Dios sufre en el malvado y, en cierto sentido, más aún que en la víctima. Por eso «no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva» (Ez 33,11).

Éste es un caso ideal que no servirá para todos pero debería orientarlos: porque desde él se abre una panorámica que ilumina muchos aspectos de la justicia humana. Por ejemplo, nuestros afanes de justicia buscan demasiadas veces una satisfacción propia por el castigo del otro, lo cual, se quiera o no, acerca demasiado la justicia a la venganza. El castigo no debe ser para la propia satisfacción sino porque hay que apartar los peligros públicos que podrían seguir dañando a más gente. Y además, la verdadera y plena justicia no es tanto el castigo cuando la transformación y rehabilitación del criminal: ésta es la gran diferencia entre la justicia humana y la

justicia de Dios, como explicaba K. Barth comentando la carta a los romanos. Y es lo que se ha propuesto en muchas declaraciones teóricas sobre nuestras cárceles que luego, por la inercia de las cosas, se quedaron en papel mojado.

3.2.6. «Las flaquezas del prójimo»

Sin llegar ni mucho menos a esas cotas de maldad, en todas nuestras relaciones hay personas difíciles: gentes que sólo saben hablar de sí mismas y de sus batallitas o sus éxitos, criaturas con un mal genio rápido e insultante al que revisten de “decir sólo la verdad” (confundiendo la verdad con su propia adrenalina); o que, allí donde tienen algo de autoridad, tratan a los demás con prepotencia (confundiendo otra vez su dureza con su responsabilidad...).

Éstos son los casos más difíciles para nuestro tema. Difícilmente podremos reaccionar contemplativamente ante ellos, si antes no hemos pensado en ellos ante el Señor. Y podemos pensar cosas de este tipo: a) con seguridad, es mayor el mal que ellos soportan por ser así, que el daño que pueden hacerme a mí (y más cuanto menos cuenta se den de lo insostenibles que son); b) si el mismo mal me enferma a mí y no a otros, es señal de que mi propia salud espiritual no es del todo buena. Y c) nosotros desconocemos la lucha secreta de muchos seres humanos consigo mismos y, si la conociéramos, ello nos volvería más comprensivos. En cualquier caso, son también personas de las que puede sacarse un monstruo o una pequeña obra de arte, aunque ésta no esté construida con

mármol de Carrara sino con piedra barata.

3.2.7. «Acogeos como Cristo os acogió» (Rom 15,7). Los contactos cotidianos

Los ejemplos anteriores tienen todos pinceladas intensas y extremas: blancas o negras. Sin embargo, la mayoría de nuestras relaciones se parece más a una paleta de pintor con una gama infinita de grises, los cuales constituyen nuestros contactos cotidianos, domésticos, pasajeros unas veces y más prolongados otras, pero no intensos ni primordiales por lo general.

En mi opinión, quien mire a todo ser humano de acuerdo con el consejo paulino que intitula este apartado, procurará sinceramente estas dos cosas: aparecer ante cualquier persona como inspirando confianza, no como competidor o dominador. Y además, no atender ante todo a los defectos del otro (como modo de sentirme superior a él), ni a los puntos débiles (que me permitirían sacar provecho de él), sino más bien mirar al hermano como un montón de posibilidades, unas ya en juego, otras a medio activar, otras quizá casi inéditas, con las que Dios trabaja y quiere trabajar a través de mí.

El esfuerzo por ser así contemplativos en la relación ayudaría a dos cosas: a) evitar el “pecado original” que tendemos a introducir en todas nuestras relaciones: o mirar sólo los rasgos buenos del interlocutor, para acabar “enamorándonos” de un ser que no existe en la realidad, sino sólo en la ficción que nos hemos construido. O mirar sólo los de-

fectos del otro para acabar negando “el pan y la sal” al que quizá no es más que un pobre infeliz como todos nosotros, con sus aspectos positivos que han quedado filtrados por nuestra mirada. Esta forma de “pecado original” esteriliza de entrada muchas de nuestras relaciones porque no hemos mirado al otro “con los ojos de Dios” sino con nuestra miopía no reconocida.

Y b) nos ayudaría además, no sólo a edificar la relación sobre la verdad, sino además a construir unas relaciones fluidas y suaves. La verdadera contemplación es aquella que nos saca de nuestro ego. Aplicando esto a las relaciones humanas cotidianas, nos llevaría a no hablar demasiado acaparando siempre la palabra y a que, cuando hablamos, no sea nuestro yo el tema de la conversación. Consciente o inconscientemente, el 90 % de las veces que los seres humanos hablan de sí mismos es para justificarse. Y esta necesidad de reconocimiento lleva con frecuencia a quitar la palabra a los demás, o a reivindicar protagonismos cuando sentimos que la otra parte ocupa un espacio “nuestro” («yo también he visto eso»; «yo también estuve allí»... siempre el «yo también»). La relación humana cuaja mucho mejor cuando procuramos decir aquello que puede ser útil o agradable al otro, no aquello que me refuerza a mí... Pero aclaremos que lo dicho vale sólo, siempre y cuando se haga desde la espontaneidad, no desde un falso imperativo moral o legal, que nos volvería mudos o retraídos o artificiales. Y esa espontaneidad sólo se adquiere cambiando nuestros registros interiores.

Nada de esto significa ingenuidad: Jesús decía bien claro que, además de sencillos como las palomas, hemos de ser sagaces como las serpientes. Este consejo multiplica su importancia en un sistema económico perverso, montado sobre el imperativo categórico del máximo beneficio, que lleva a afrontar al otro como alguien a quien engañar o explotar, y a querer vincular después nuestro beneficio económico con nuestra necesidad de afecto: lo cual es el peor camino para conseguirlo.

3.2.8. *En conclusión*

«Quien no quiere el ‘nuestro’, no quiere el ‘Padre’» (san Juan de Ávila comentando el Padrenuestro).

Caben otros ejemplos, pero su enumeración sería casi interminable. Digamos sólo como resumen que deberíamos afrontar cada relación humana con este tipo de preguntas: qué del otro es regalo de Dios para mí; qué espera Dios del otro; qué empatías son posibles (con su dolor, con su amor...); qué puedo perdonar y de qué tengo que ser perdonado... Preguntas como éstas deben ser llevadas a nuestra oración —o nuestra meditación— de cada día.

En una palabra, preguntarse ante cada interlocutor (personal o social) cómo le trataría Dios, para procurar tratarle yo del mismo modo. Pero además, desear y procurar que en el interlocutor aparezca al máximo esa imagen de Dios que, a la vez, le constituye y está destrozada o borrosa en él, como en todos nosotros.

Hemos trazado así una especie de pinceladas actitudinales que caben to-

das en dos: buscar a Dios en el otro (con lo que Dios será más llamada o interpección que “objeto”), y mirar al otro desde Dios (como un campo de posibilidades abiertas más que como objeto cerrado). En eso consiste el ser contemplativos en la relación. Ahora podemos enumerar algunas fuentes (o terrenos) que pueden cultivar y regar esas actitudes.

3.3. **Invocar a Dios como madre**

Dirigirse a Dios en femenino puede ser, para nosotros varones, un acceso fácil a la alteridad de Dios. Pero en la maternidad de Dios hay algo todavía más profundo.

En efecto, una de las preguntas más torturadoras o una de las necesidades más hondas del ser humano (dada nuestra necesidad de reconocimiento), es el poder decir que su vida ha sido querida y deseada por alguien, y no es un mero producto del azar o de una combinación casual de partículas, semejante a las combinaciones que hacen las nubes en el cielo y que a veces tienen la forma de alguna figura que dura poco. Todo ser humano quiere, y necesita saber, que su vida es algo más que eso. Y la psicología conoce cuán difícil es cuajar como persona y capacitado para la relación, en aquellos que sienten no haber interesado nunca a nadie, ya desde su orígenes.

Precisamente por eso, la sabiduría popular ha convertido la expresión «hijo de puta» en el insulto más grande y la mayor ofensa que podemos infligir a otra persona, y que es la que brota con

más fuerza cuando estamos, o nos sentimos, necesitados de venganza. Es como decirle al otro que su vida es un mero producto del azar, que no vale nada para nadie y nunca hubo una voluntad de que él existiera²⁶. Pues bien, ante este dilema crucial para todo ser humano: si debo mi existencia a un mero azar que no se sostiene o a una voluntad expresa de que yo existiera, la primera palabra de la buena noticia cristiana excluye el primer miembro del dilema y asegura el segundo. Invocar a Dios como madre tiene entonces unos tonos de agradecida confianza en la acogida que hemos recibido ya antes de ser. Unos tonos que dan reciedumbre y dignidad a nuestra conciencia de ser, y nos capacitan para la relación.

Además, el recurso a Dios como madre abre nuestros ojos a un Dios que es (como la madre en la familia) el prototipo de la reconciliación y de una mirada más contemplativa sobre todos sus miembros. En efecto, la madre trata de poner paz, suaviza relaciones agrietadas («ten en cuenta que tu hermano»...; «recuerda que tu padre»..., etc.). Invocar a Dios como madre puede ser entonces una forma sencilla de predisponernos a unas relaciones más reconciliadas. La frase de Juan de Ávila que acabamos de citar («si no hay ‘nuestro’ no hay ‘Padre’»), gana intensidad si nos convencemos de que si Dios no es madre de todos, tampoco lo es mía.

Desde esta óptica (y aprovechando que su autor declara expresamente no hablar como Papa sino como teólogo, y acepta que los colegas le discutan), quisiera expresar mi extrañeza por la rotundidad con que J. Ratzinger en su li-

bro sobre Jesús, niega que podamos dirigirnos a Dios como Madre arguyendo que, en la Biblia, «Madre nunca es un título de Dios», que las invocaciones sólo hablan a Dios como Padre, y que la referencia materna sólo se usa en imágenes descriptivas²⁷. Temo que Ratzinger haya descontextuado aquí el lenguaje bíblico, cayendo en la genial formulación de Xavier Alegre: «un texto sin contexto se convierte en un pretexto». La Biblia rehúye la invocación femenina de Dios porque, en aquel ámbito histórico, las “diosas” sólo fungían en contextos de prostitución sagrada o de adoración de la fertilidad²⁸. Naturalmente, ambos contextos eran inadmisibles para el sentido judío del monoteísmo y de la trascendencia de Dios. Pero esos contextos no son hoy los nuestros.

Resumiendo, la mujer marca al ser humano mucho más que el varón en algo decisivo que puede ser pálida analogía de nuestra relación con Dios: *adeudarle el ser*. Por eso también puede ser más fácilmente aglutinadora y unificadora de todos los hermanos. Encararse con cada ejemplar de todos los tipos descritos en el apartado anterior, como con un hermano (porque es hijo de mi misma Madre), ayudará a cambiar los ojos con que le miramos, cuando sea necesario ese cambio.

3.4. Guardar en el corazón

Pero estas actitudes no se improvisan. Han de ir caldeándose cotidianamente en ese “baño de María” de nuestra plegaria. Y la expresión baño de María ha sido intencionada porque nos permite un salto lírico verbal inesperado.

Newman, en su escrito sobre el desarrollo del dogma, decía con cierta ingenuidad que María de Nazaret debía ser modelo para los teólogos, porque casi lo único que nos dice de ella el evangelio es que «guardaba estas cosas dándoles vueltas en su corazón». Esa debería ser, según Newman, la actitud del teólogo, y yo creo que la de todo cristiano, a la hora de encarar la relación con sus hermanos.

Y aún cabe añadir que el evangelista aplica esa frase a María en dos momentos contrapuestos (Lc 2,20.51): el primero de alegría y positividad, cuando la visita de los pastores en la noche oscura del establo. El segundo de tristeza y negatividad cuando la pérdida del niño (aunque tiene también la pequeña luz positiva de la reacción de los doctores ante aquel chaval). Ese saber guardar, dar vueltas, asimilar y convertir en sustancia propia lo mejor, lo prometedor y lo positivo que aflora en cada relación, digiriendo y eliminando lo negativo sin convertirlo en el rasgo único (muchas veces obsesivo) de nuestros recuerdos, me parece un ejercicio indispensable para llegar a ser contemplativos en la relación.

3.5. Pensar pacíficamente en la muerte cada día

Nuestra época escribe, vende y diserta mucho sobre la felicidad, como veremos en la conclusión. Y es que nuestra felicidad parece tener mucho que ver con la calidad de nuestras relaciones humanas. En este contexto, se hace comprensible una nueva paradoja: el pensamiento, frecuente y reposado, sobre la

muerte, ayuda mucho a no perder o malbaratar la poca felicidad que aquí cabe (y que son esas experiencias aludidas de paz y de sentido). Por estas razones:

Primero, porque puede impedirnos cometer locuras que sólo nos harán más infelices: aunque fuese verdad el apotegma del Zaratrasta de Nietzsche: «todo placer pide eternidad», es bueno saber que nosotros no se la podemos pedir. Segundo, porque nos avisa para invertir del mejor modo posible el capital de vida que se nos va acabando. Pero sobre todo (tercero): porque cabe pensar en la muerte apostando que no es derrota sino meta, no es despedida sino parto, ni motivo de luto sino de confianza. Como versificó intuitivamente Leopoldo Panero: «te miro y pienso en las cosas / que no se acaban jamás / porque Dios las ha mirado / y no las puede olvidar... / Una noche cerraremos / nuestros ojos. Lo demás / es del viento y de la espuma / pero el amor vivirá»²⁹.

Para esto último es muy recomendable no perder la relación con, o la presencia ausente de, los seres queridos que ya se fueron: apostar porque no se nos han quedado en la cuneta de la historia, sino que han llegado allí donde nos esperan; recordar lo que sus vidas tuvieron de ejemplares y de entrañables para nosotros y (sin dejar correr la imaginación en diálogos con ellos o en llevarles flores y demás que no necesitan, o en visitas a cementerios donde no están y donde deberíamos escuchar la voz del ángel en los evangelios: «¿por qué buscáis al vivo entre los muertos?»)..., en lugar de todos esos vanos intentos, evocarlos ante el misterio de Dios como intercesores nuestros y apostar por la

posibilidad (la seguridad para un creyente) de nuestro reencuentro transformado con ellos. De modo que no será verdad aquello de los tiempos «que alegres pasaron y no volverán», sino al revés: volverán, pero liberados de todo lo falso que había en ellos, y cargados con todo el amor que en ellos supimos poner.

Esa memoria esperanzada nos permite imaginar al ser querido y perdido (esposa, padres, hermanos, amigos...), en esa “porción de Dios” (valga la expresión) en que ahora vive y en donde se convierte para nosotros (igual que Dios) en una “presencia ausente”. Saber que ahora son aquello que ya en el siglo II definía san Ireneo como «carne resplandeciente» que ha vencido la opacidad de nuestra carne. Carne resplandeciente como *el Padre* porque está «poseída por el Espíritu de Dios» que la configura a *la Palabra* de Dios. Y por todo ello son esa «carne olvidada de sí misma» que se vuelve «resplandeciente»³⁰.

Los seres queridos perdidos han pasado a formar parte de la Trinidad divina que, al cerrarse el tiempo, deja de ser Trinidad para convertirse en “multipli-

cidad divina” en esa especie de panteísmo que la Biblia describe como «Dios todo en todas las cosas». Allí, la relación que brotaba de nuestro ser “seres separados” se convierte en relación “subsistente” como las personas divinas, culminando la trayectoria de nuestra creaturidad en la plena “imagen y semejanza divina”. Esa meta que es nuestra verdad ha de iluminar hoy todas nuestras relaciones en la dimensión creatural, convirtiéndolas en un pequeño sacramento o señal de nuestro ser todos en Dios (con palabra técnica en teología: de nuestra “circuminsesión” en Dios). Así nos abrimos, sorprendidos y silenciosos al último misterio del cristianismo que es el misterio de la “comunión de los santos” (o mejor: “de lo Santo”).

Vivir esto facilita mucho la relación que vamos tejiendo con los todavía vivos. Puede evitar eso que tantas veces sucede: que al morir una persona querida sintamos remordimientos por no haberla tratado mejor o aprovechado más mientras estaba con nosotros. Pues nos animará a mirar y tratar a todas las personas como querríamos haberlas tratado cuando mueran ellas o nosotros.

CONCLUSIÓN

En un resumen muy rápido digamos que hemos visto las raíces que tiene en las fuentes cristianas el llamamiento a ser «contemplativos en la relación». Hemos enmarcado esos resultados en los contextos de la religiosidad en general y de la idea general de Dios, que quedan como “puestos del revés” por ellos: desde mis primeros pasos teológicos vengo sosteniendo que el cristianismo es un horizontalismo que se funda no en la *sustitución* de Dios por el hombre sino en la *sustentación* del hombre por Dios.

Hemos descubierto también la riqueza humana de nuestro tema: una riqueza accesible, por tanto, a todos, aunque brote de unas raíces que son cristianas: las del ser humano como «imagen de Dios» y como «recapitulado en Cristo». Y hemos tratado de atisbar cómo esta difícil meta podría ser escalada desde nuestra cotidianidad vulgar y precipitada.

Podemos ahora cerrar estas reflexiones retomando la alusión anterior a una de las mayores modas de nuestra hora: nuestro paisaje histórico está lleno de búsquedas de la felicidad, de recetas sobre ella, y de *best sellers* que deben su éxito sólo a que abordan este tema.

Sobre esta moda tan nuestra, un poco ridícula en mi opinión, he hecho en otros momentos estas observaciones:

- a) Es un síntoma claro de lo infelices que nos sentimos, aunque luego un respeto humano, que nos impone también el ambiente, nos obligue a declararnos felices a la hora de las encuestas.
- b) La felicidad es una de esas dimensiones humanas que sólo se encuentra (en la medida en que eso sea posible) precisamente cuando no se la busca.
- c) La felicidad no pertenece a esta dimensión nuestra, como no sea de forma “sacramental”. No existe aquí ni el orgasmo perenne ni el éxta-

sis eterno. Sí existen en cambio experiencias de paz y de sentido, y atisbos de plenitud que nos pueden remitir a un más allá que ellas parecen anticipar. Y quizá el más rico de esos atisbos sea éste: que, en una experiencia profunda de comunión, se da, paradójicamente, la mayor afirmación de uno mismo. Pero ahora se trata de una autoafirmación “por añadidura”, no pretendida, ni siquiera paladeada egoístamente como tal: simplemente recibida al percibir que no necesitamos más.

d) En esta vida, la dicha que quepa ha de coexistir con una cierta aflicción ineliminable, viendo cuántos y cómo sufren en el momento en que yo me encuentro bien. Porque: o somos todos felices o no puedo serlo yo, en una ciudad afectada por la peste. Es la gran pregunta que nos dejó Albert Camus.

Pues bien, en este contexto, podemos concluir con la tesis (o, si no, con la sospecha) de que el ser verdaderamente «contemplativos en la relación» puede resultar una de las fuentes más seguras de esa relativa felicidad que es el destino de nuestra dimensión temporal.

1. «Quaere super nos», *Confesiones*, 10,9.
2. Autores que defendían la autoría inmediata (v. Schlier) recurrían precisamente a esa alusión a experiencias personales. Hoy se piensa que Efesios no es de la mano de Pablo. Pero aceptando eso por razones de lenguaje y empaque estilístico (que pueden distinguirse como un texto de Delibes y otro García Márquez...), es muy probable que estas cartas, llamadas deuteropaulinas, recojan enseñanzas directas de Pablo que no fueron dadas por escrito y que luego fueron transcritas por algún discípulo que les dio forma epistolar y las mezcló con otras páginas propias. Lo innegable es que en este texto habla alguien de manera muy directa y personal. Pero dejo la cuestión a los especialistas en Biblia.
3. José I. GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad Nueva. Ensayo de cristología*, Santander, Sal Terrae, 1994, pg. 278.
4. Egide VAN BROECKHOVEN, *Diario de la amistad*, XXVI, 32:367 y XXV, 85:536 (las cifras indican: cuaderno, número del comentario y página). El diario ha sido traducido, con una excelente introducción, por J. M^a RAMBLA (*Dios, la amistad y los pobres*; Santander, Sal Terrae, 2009). Egide aclara que va a la fábrica no para adquirir más conocimientos sino para «entrar en la vida de la gente: a partir de una actitud contemplativa, encontrarme con ellos con la esperanza de que así encuentren a Dios en mí» (XII, 20:160). Por eso escribe que, para él, «el salto a este medio es como el salto a la cartuja o a la trapa» (XXVI, 50:375); y que «en este medio... descristianizado, duro hasta agotar y embrutecer, es donde encuentro mi medio de vida contemplativa» (XXII: 154).
5. Ver la anécdota en J. M. JAVIERRE, *Juan de la Cruz. Un caso límite*, Salamanca, Sígueme, 1991, pg. 1062. Una respuesta similar a una religiosa que se quejaba cuando lo desterraron a La Peñuela. «Hija, entre las piedras me hallo mejor que entre los hombres» (en G. BRENAN, *San Juan de la Cruz*, Barcelona, Plaza&Janés, 1974, pg. 93: «los hombres» parece ser una alusión discreta a N. Doria y su camarilla).
6. T. KEMPIS, *La imitació de Crist*, Barcelona, Proa, 1992 (Clàssics del Cristianisme, 31), pg. 6 (libro 1, capítulo 20, núm. 6).
7. Séneca, *Ad Lucilium*, Epist 1,7.
8. Ver, por ejemplo, D. EDWARDS, *El Dios de la evolución*, Santander, Sal Terrae, 2006, pg. 34-35.
9. El verso original de Antonio Machado dice: «Siempre buscando a Dios entre la niebla» y es del poema *Era una tarde cenicienta y mustia*.
10. Ver, para todo esto, C. DOMÍNGUEZ, *Los registros del deseo*, Bilbao, 2001, sobre todo capítulos 4 y 5.
11. Jacques LECLERQ, *El matrimonio cristiano*, Madrid, Patmos, 1952³, (subrayado mío).
12. Del verbo griego *askeó* que significa modelar.
13. BROECKHOVEN, *Diario...*, XIII, 2^a parte, 7.
14. En el poema: «El cielo que es azul» de *Cántico...* El poeta sabe también, no obstante, que “este mundo del hombre está mal hecho”.
15. Una tríada sorprendentemente similar al otro esquema trinitario del hinduismo: “*sat-cit-ananda*”: ser, conciencia de ser y alegría de ser.
16. *Non coerceri máximo, contineri tamen a mínimo, divinum est*.
17. Ver su diario, Etty HILLESUM, *Una vida conmocionada*, Barcelona, Anthropos, 2007; y mi comentario: *Etty Hillesum. Una vida que interpela*, Santander, Sal Terrae, 2008, donde se analiza la expresión «ayudar a Dios».
18. La frase entrecomillada es una cita bíblica de 2Cor 8,9. Las otras son expresiones de D. Bonhoeffer.
19. «Perfectos en vuestro ser», según la versión de Mateo 5,48.
20. En la jerga filosófica, fenómeno es aquello que aparece ante nosotros (del verbo griego *phainomai*: aparecer), al margen de la realidad que tenga eso que se nos aparece.
21. Por la fecha en que redacto esta página, resulta inevitable evocar esa gran falsificación del valor del rostro, que se da en las caras retoca-

das, sutilmente embusteras y emperifolladas de los carteles de nuestras campañas electorales (y de casi toda la publicidad). En ellas ya no queda “ni rastro del rostro”: el rostro ha perdido la interpelación o la ha degradado en manipulación y objetivación del que mira. Son síntomas del grado de autenticidad de una democracia. Y sin embargo, o quizá por eso, ni en épocas de crisis económica sería se deja de invertir en ellas.

22. Cf. E. LÉVINAS, *Totalidad e infinito*, Salamanca, Sígueme, 1977.
23. La expresión «vicarios de Cristo» (que luego desgraciadamente se reservaron para sí los papas) designaba en la primera edad media el encuentro con alguien distinto, principalmente con los pobres.
24. *Jesus Christ and mythology*, Londres, 1966, pg. 39-41.
25. Escribo estas líneas en el año centenario del gran poeta que fue Luis Rosales. Por eso me atrevo a citar estos versos suyos, precisamente porque no provienen de ninguna autoridad eclesiástica célibe: «y sabes que el orgasmo es un autismo / que tienen el amado y el amante / y sientes su terror participante / que te hace

resbalar hacia ti mismo. / Doy todo lo que tengo y lo que soy / y de mi propia entrega desconfío / quizá no he dado nunca nada mío»... (*Poesía reunida*, Barcelona, Seix Barral, 1983, pg. 85).

26. Y eso a pesar de que el insulto es intolerablemente machista, y, con algo más de sensibilidad, debió ser formulado como “hijo de cliente de prostituta”. Ahí sí que la vida que brote no fue de ningún modo querida. A lo mismo apuntan expresiones como las de “un hijo de Ogino” (por un fallo de este método), o de un preservativo en mal estado.
27. Ver pg. 132-133 de la edición catalana.
28. Al primer punto se refirió expresamente Ratzinger en su primera encíclica.
29. Leopoldo PANERO, *Escrito a cada instante*, Madrid, 1963, 142-43. Igualmente, en catalán, el magnífico libro de M. MARTÍ POL, *Llibre d'absències*, Barcelona, ed. Empúries, 1997, sobre todo «Lletra a Dolors» (pg. 23).
30. *Adv. Haer*: IV, 20, 2 y V, 9, 3. En otro momento habla de que la persona humana ha de dejar de ser creatura para convertirse en “hechura” (“progenies” que es el mismo término que Irene aplica al Hijo de Dios).

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

Este cuaderno invita a prestar atención más a la calidad que a la cantidad de nuestras relaciones personales. Invita a ir más allá, tanto del círculo íntimo como del círculo amplio de “amigos, conocidos y saludados” que pueblan nuestras redes sociales. Invita a una reflexión meditada sobre la manera con que tratamos a los otros, considerando esta cuestión como una cuestión vital, verdadero termómetro de la calidad de nuestra fe y de nuestra relación con Dios. Estas preguntas pueden ayudar, personalmente o en grupo, a sacar más fruto de este texto.

1. Elegiremos algún párrafo para comentar, compartir y enriquecerlo con experiencias personales. Por ejemplo, un texto como el que sigue:

«Hoy quizá vivimos una época histórica de particular deterioro de las relaciones humanas y de constantes desavenencias en todos los campos: crecen los racismos y los nacionalismos excluyentes, crecen las diferencias de clases, las culturas prefieren chocar en vez de encontrarse, fracasan las parejas y aumenta la violencia de género, los partidos políticos prefieren mirarse como totalidades y no como “partidos”; y el autismo cultural que respiramos nos induce a mirar a los demás como meros objetos o estímulos, pero no como sujetos de dignidad absoluta...

Creyentes o no creyentes, todos deberíamos hacer un esfuerzo por engrasar las juntas de nuestra convivencia, si no queremos deslizarnos por una pendiente que podría terminar en una catástrofe sin precedentes, como si no tuviéramos bastante con todas las catástrofes que hemos ido provocando a lo largo de la historia.» (*Contemplativos en la relación*, pg. 5-6)

2. Ser contemplativos en la relación nos ayudará acercarnos a los demás seres humanos desde el respeto, la sonrisa, la acogida, la capacidad de escucha y otras actitudes nuevas. ¿Hasta qué punto experimentamos esto como cierto, o bien cómo un ideal inalcanzable?

3. Haz un repaso de las personas con las que te relacionas. ¿Qué grupo de los que el cuaderno enumera predomina más? ¿Qué grupo está totalmente ausente?

4. En la relación con los otros, ¿qué sentimiento es el que predomina (la irritación, la necesidad, la alegría, la disponibilidad...)? ¿Desde dónde vives estas relaciones (desde la fe, desde el humanismo...)?